

LA AVENTURA DEL NEGRO EN TIERRAS FRIAS DE AMERICA

Escribe: LUIS VIDALES

I — HACIA LA HISTORIOGRAFIA MODERNA

Los estudios historiográficos están requiriendo en Colombia un impulso que satisfaga la sed que hoy se siente de ellos. Un país carente no digamos de una facultad o de un instituto sino de una cátedra universitaria de historia, debe delegar a sus escritores la tarea historiográfica, en forma harto libérrima, lo que de una u otra manera establece un contraste ostensible con el amplio vuelo adquirido por la ciencia historiográfica, en el mundo de hoy. El mero hecho de pensar en que ahora mismo es ya imposible enfocar el pasado sin “medir” sus fenómenos, es ya un metro que pone en solfa muchos esfuerzos, aún apreciables. Un historiador puede hablar sobre la esclavitud negra e india en América, pero cuáles eran su magnitud, sus características socio-demográficas, su implicación económica? No por nada se está prestando gran atención en el mundo universitario actual a la demografía histórica como, por lo demás, a la demografía genética, filológica, lingüística, etc.

Los países suelen formarse ciertas ideas sobre su pasado, que no siempre corresponden a la realidad. En ello va mucho, para los nuestros de América, el interés de la “transculturación”. Esa inversión que consistió en destruir las culturas nativas para montar en su reemplazo la que hoy disfrutamos, todavía a medias, tiene sus implicaciones en nuestro modo de apreciar los fenómenos. El libro de Rolando Mellafe sobre los negros en Chile, por ejemplo, ha venido a recordarnos, por contraste, la idea muy común de que no hubo negros allí, de la misma manera que en cuanto a la influencia de la nación araucana en la formación de la que vino de enquistarse, poco es el aprecio en que se la tiene. No obstante la historiografía moderna está llamada a explorar, precisamente, sobre la estela de éstas y otras “negaciones”. Y hallar no pocas sorpresas, como se comprueba en la rica documentación del libro citado.

II — ESCUELA DE CUATRO SIGLOS

¿Qué de raro tiene que descubra, para el caso de Chile, por ejemplo, en la índole actual de sus habitantes las formas específicas que una situación como la guerra de Arauco creó en una escuela de cuatro siglos, a

través de la colonia y bien entrada ya la república, aun cuando este influjo sea desestimado, sin que se busquen causalidades al típico ser nacional, tan diferente al de los demás países de la matriz indo-hispánica?

III — LOS NEGROS DE TIERRA FRIA

¿Y en cuanto a los negros? La idea más corriente es la del clima. Como el clima no les es favorable, no hubo negros en Chile, se dice habitualmente, pero con ello se descarta el pesado factor económico, que en más de una ocasión suele lanzar por la borda las teorías más recalcitrantes del medio geográfico. No citemos ya la llegada de las “primeras gollondrinas” negras, con la conquista. Olvidémonos de Alonso Pietro, mulato, piloto de la “Niña”; de los negros de la aventura de Almagro, uno de los cuales, según cuenta Ovalle, se encontró un siglo después congelado, junto con su cabalgadura, en las nevadas estribaciones andinas; de los diez con que se apareció Pedro Valdivia, uno de ellos, Juan Valiente, sin ningún asomo de esclavo, montado en equino rucio, a “su costa y minción”, quien permaneció, como los otros, en Chile y murió (luego de una vida de persona de rango) junto con Valdivia, a manos de los dueños del país.

No cabe duda que la guerra de Arauco influye decisivamente en el desenvolvimiento chileno, imprimiéndole un carácter a su devenir económico, en muchos puntos diferente al de los demás países de la constelación española. Diferente por el campo de intereses que se abre —y que abre al sector español— los unos partidarios de seguir la contienda porque de allí arbitran los quintos reales, los negocios de guerra, las prebendas del mando, y los otros, como los encomenderos, ansiosos de paz para no ver arruinadas sus dominaciones de indios. Lo cierto es que sigue la guerra su curso y la encomienda, a diferencia de otros países, es en Chile un suspiro. En un lapso de cuarenta a sesenta años después de fundada, su población indígena se reduce a la décima parte. Y con ello comienza la solicitud angustiada de mano de obra negra. Nájera, el gran historiador del país, no tiene empacho en ponerse en contra de la teoría del medio geográfico. Primero la economía. Afirma que “el temple de la tierra” es benigno en Chile para los negros, dando como razón lo bien que se conservan en las tierras frías de España, donde había negros en toda casa de rango.

IV — EL INDIO DE HUMO

Par a par con el carácter endémico que toma la guerra de Arauco, surgen los contornos de una economía *sui generis*. La encomienda andaba necesitada de indios pero el interés político buscaba su desaparición. A la llegada de Valdivia (1540) los indios, se dice, son un millón; ochenta años después (1620) son 480 mil, entre rebelados e indios de paz. Se trata, como en el resto de América, del “indio de humo”, evaporado del haz de la tierra por múltiples causas: la reducción, las plagas traídas de Europa (en Chile se dice que murieron más por viruela que por la guerra araucana) y, habrá que contarle también, aunque la historia es parca aún al

respecto, la política de detención demográfica contra el crecimiento de las naciones indígenas.

En Chile esta política no deja de tener sus bemoles. Los araucanos, al sur del Bío-Bío, constituyen una nación con todas las premisas en regla: un territorio, un idioma, una formación social y política. Demográficamente el resultado es patente: la población crece en forma veloz. Hacia la segunda mitad del *seiscientos* cunde la alarma. Pronto se alza un clamor general: "la guerra defensiva es la culpable". Nájera afirma: "Mientras los indios rebeldes ocupen la tierra, no hay triunfo, porque la población crece y se rejuvenece". Soza señala que el hecho es más grave si se considera que "el indio acostumbra tener muchas mujeres". Parisi hace formulaciones del mismo tenor. Los tres, y con ellos buena monta de la opinión general, todos piden a una: "Urge pasar a la contra-ofensiva en la guerra de Arauco". Nájera es más explícito: pide el exterminio de "por lo menos 270 mil aborígenes". Los padres Soza y Parisi, más cautos, se transan por el trasplante.

Este es el caldo de cultivo que plantea en Chile, con urgencia explicable, la adquisición de mano de obra, y ésta de color, porque a falta del indio, no había otra. Nájera, en sus cálculos, mata 270 mil araucanos y los reemplaza por ochenta mil negros traídos del Brasil, ni uno menos. Soza ni siquiera da número: todos los que puedan traerse, libres de impuestos, desde Buenos Aires.

V — EL MERCADO NEGRERO

Pero desde antes andaba el negro por Chile. Los había en el norte, en el centro, en las riberas y valles del Maule, en Concepción, en Cañete y en el propio litoral del extremo sur. En Villarrica se formó un comercio de ellos, de cierto volumen. Había qué aprovechar, pese al frío, el paso de la cordillera, para traer negros de negocio, desde el mercado de Buenos Aires. Entre 1540 y 1560 debe atribuirse a la mano de obra negra la ampliación de la economía y su relativa complejidad, en las condiciones de Chile.

En Lima había surgido el mercado negrero hacia 1535. En el Perú, de conformación sociológica pacifista (ni siquiera empleó la flecha), la nación vencida entró mansamente al trabajo esclavista. Mientras que en Chile, como lo hemos visto, era punto menos que mortal la carencia de negros en la economía, en el Perú era mal mirada su presencia. En una encuesta realizada por la corona, los consultados señalaron como perniciosa la introducción del negro a las faenas de la minería. Uno de ellos, nada menos que Hernando Pizarro, dice al rey que "los negros no sirven para los fuelles de fundir metal porque se engrasan con el humo", lo que no le impedía ser gran negrero.

Lima se convierte así en el mercado de distribución de negros de la ruta del Pacífico, en vista de que en Chile y otros países los negros "no se engrasaban con el humo". Hacia 1560 se formaron en Chile compañías de mercaderes de negros asociados con las limeñas. Todo iba viento en popa, hasta que, sobre 1590, apareció la ruta continental de la trata. La

competencia fue desastrosa para las compañías. Un negro que en Lima valía 500 pesos de plata de ocho reales y que en Potosí costaba 800 y en Santiago ascendía a 600 pesos en oro de 20 y medio quilates, se adquiría en Buenos Aires, incluyendo licencia, gabelas, seguro y riesgos de viaje, en 140 pesos de plata.

Pronto se armaron nuevas compañías asociadas de uno y otro lado de la cordillera. Los negros eran pasados del continente negro a Pernambuco (el punto más cercano al Africa) y de allí eran remesadas las *cargazones* al sur del nuestro, en gran variedad de jelofes, berberíes, mozambiques, cafres, novos, angolas, congos, sierra-mordongos, biáforas y guineos, en un periplo que incluían Buenos Aires-Tucumán-Mendoza-Santiago, pasando en ocasiones por Paraguay. De esta época figuran como negreros connotados los Ferreiras, los Jaramillos, los Pérez, los Vilches, entre muchísimos otros. Nombres de especialistas de la trata han llegado hasta nosotros, como los de Gaspar de Quevedo, quien veleidosamente se motejaba a sí mismo "Mercader de los Juríes", y Martín García, de quien dice Nájera: "Lo acompañaban todellos (los negros) a las fiestas, todos vestidos de paño azul, librea que no cuesta poco en aquella tierra".

La fiebre del mercado negrero se apoderó de Chile, lo cual no tiene nada de particular (pese a la teoría del clima), ya que con la misma plata que se compraba un negro traído de Panamá o Cartagena, se adquirirían tres por la ruta de Buenos Aires. Viudas con herencia, encomenderos, frailes, oficiales reales, maestros de oficios, cuanto perro y gato se sentía con humos depositaba sus haberes al limpio juego de la compraventa de esclavos. Don Alonso del Campo Lantadilla, Alguacil Mayor de Santiago, alcanzó a llegar hasta nosotros como uno de los más brillantes traficantes negreros.

Por la ruta continental llegaba a Chile una variada mercadería que incluía negros, lienzo, calceta, sedas de Italia, especiería, confitura labrada, la que se pagaba con oro y plata, especialmente. Llegó un momento en que se agotó el contante y sonante, agravando las crisis de la moneda, que en Chile comienzan desde 1553, con el gran levantamiento araucano en que perece Valdivia. Estas crisis tempranas acompañan al país desde entonces, aumentando su fuerza destructora con las crisis externas. Así, en 1589 se inicia una gran crisis que coincide con la derrota de la Armada Invencible (1588) y se prolonga con la toma de Cartagena de Indias (1595).

Esta situación obliga al establecimiento de las ventas a plazos. La más corriente de éstas es de seis meses. En los contratos se consigue pasar otras mercaderías: un negro y un caballo; una negra y tres acémilas, etc.

Pero con contante o sin él, los negros entraron a Chile a torrentes. Sin contar la provincia de Cuyo, por entonces pertenencia del reino, cuya capital, Mendoza, llegó a tener 30 mil, en el resto hubo un momento (1620) en que los negros, mulatos y zambos sumaban más que los españoles y criollos: 22 mil por 15 mil.

A todas estas, la corona prestaba oídos sordos a la angustiada solicitud de permiso para introducir negros a Chile, por dos consideraciones potísimas. La primera de ellas, por los problemas derivados de la fuga, sin retorno, del oro y la plata en la compra de esclavos, que a la larga iba a parar a la bolsa de Portugal, monopolista del comercio negrero como la única nación poseedora de colonias en Africa. La segunda, por el ímpetu que adquiría el contrabando negrero. La alianza con esta nación se imponía, y ella tuvo lugar bajo el reinado de Felipe II. España, entonces, vira en redondo. Estima que la trata es uno de los más florecientes negocios del fisco español. Pero en 1640 Portugal pierde la hegemonía del comercio esclavista, y España vuelve a ser remolona hasta que, desesperada por las actividades del contrabando, pacta lisa y llanamente con los defraudadores, en los compromisos denominados "Composición". En presencia del imposible control el rey entró en comandita con los contrabandistas, legalizándolos. "Bussiness is bussines".

VII—EL "ALTO AHI" DE LA LEGISLACION

El negro fue, pese a los teorizantes del clima adverso, una fuerza demográfica en Chile, como asimismo lo fue a pesar de la legislación preventiva, que señalaba como interdicto el contacto entre indios y negros, no solo para evitar el desarrollo de aquellos, sino para impedir el paso de los esclavos al campo enemigo y en sabia previsión económica de que el resultado del cruce era "menos esclavo". Ordenanzas de gobernantes, de fieles ejecutores, actas de los cabildos, constituyen una legislación de profunda prevención demográfica para mantener al negro en sus trece, como la más costosa "carmedería" de aquel mundo económico. A las pérdidas económicas atendió el legislador colonial con el más riguroso control que se conozca en derecho penal alguno, por medio de multas, azotes, desgarrón de uno o los dos pies, mutilación de los genitales, destierro y muerte en la horca (estas dos últimas penas en casos extremos, porque, como dice Nájera, "los negros eran muy caros"). La justicia perseguía generalmente a los negros *cimarrones*, *descaminados* o *sin permisión*, que andaban sin sus papeles en regla, de los que pasaban no pocos por la ruta continental. Los huídos eran desjarretados y sus amos multados. Aquellos sorprendidos en relaciones sexuales con araucanas (o negras con indios) recibían las penas más rigurosas, y en cuanto al aborigen, era pasado a la horca. Además, los negros no podían, según esa legislación, cortar árboles, coger frutas, cortar maíz o pasto ni hacer carbón. Existía en Santiago y todo Chile la "tañida de la campana de queda para los negros", después de la cual no podían éstos andar por la calle. Les estaba vedado el porte de armas, usar capa, comprar vino, jugar naipes o dados y, como se ha dicho, servirse de indias o amancebarse con ellas. No podían vivir en los pueblos de indios. No obstante, la fusión de indios y negros fue un hecho. Desde 1570 se hizo frecuente la presencia de negros, zambos y mulatos en el campo araucano. Nájera refiere que en la insurrección de 1598 los araucanos trataban con menos rigor a los negros que a las mu-

jeses españolas que habían cautivado. El negro había ganado, pese a todo, algún predicamento social.

En primer lugar, la prohibición a los negros, mulatos, mestizos y negros ladinos o españolizados de vivir en los pueblos de indios, no se cumplía con el rigor estipulado en la ley, como consta por las quejas, al rey, de Cristóbal Laínez (1583) a causa precisamente de la presencia de correidores mestizos y aún negros en los pueblos indígenas, así como de administradores de indios. En segundo lugar, los españoles solían vincular a los negros a la lucha contra los araucanos, es decir, el negro, en cierta medida, vivía de la guerra. Ercilla cuenta en "La Araucana" la indignación de Caupolicán, cuando vio que su verdugo era un negro jelofe, en estos términos:

*"Esto diciendo, y alzando el pie derecho
aunque de las cadenas impedido,
dio tal coz al verdugo, que gran trecho
le echó abajo rodando mal herido".*

La especie de revisión sobre la comunmente llamada "Leyenda Negra", que va desde la desestima a personas como el Padre Las Casas hasta la justificación de la crueldad española por considerarla "cosa de la época" o por comparación con la sajona, ha incluido también cierto modo de negación de las demasías con el manto de la bondadosa legislación de indias, de la corona española. Pero una cosa es la legislación y otra su aplicación, según la fórmula "se acepta pero no se cumple". Es verdad de a puño que la Real Audiencia de Castilla de Oro prohibió, por cédula de 1540, cortar a los negros los genitales, porque "además de ser cosa muy deshonesta y de mal ejemplo, se siguen otros inconvenientes" (posiblemente económico-demográficos). Pero las mutilaciones de todo carácter fueron practicadas, como lo comprueba abundantemente el hecho de que la legislación local se vio obligada a fijar la lista de las "tachas" en relación con el precio de venta de los negros, a fin de evitar la "redhibición", como se llamaba la indemnización por engaño. En estas enumeraciones legales de la venta de negros es harto común que se les señale con los siguientes calificativos: "capado por la justicia"; "desjarretado de un pie"; "con las orejas cortadas", y otros por el estilo. Los negros con "tachas" eran vendidos como "costal de huesos" o "esclavos de desecho", lo mismo que los viejos (los más caros eran los de 20 a 30 años de edad). Un lote de costal de huesos no valía gran cosa. Hay una partida de venta de 109, comprados a \$ 145 cada uno. En cambio, hay otros comprobantes de venta: "Lote de 42 hombres y 18 mujeres, sanos y fuertes, 200 patacones cada uno"; "Una negra muy hermosa, \$ 240"; "Un negro muy hermoso, \$ 235". Las ventas incluían niños de meses, madres con cría, etc.

VIII— CUANDO EL NEGRO DICE "HASTA AQUI"

Con todo, no debe exagerarse el uso de las mutilaciones y menos el de los ajusticiamientos. El negro, como se ha dicho, era una "carmedería" muy costosa. El rigor de la ley no iba más allá de la prevención y la contención del espíritu insurreccional, latente o manifiesto en el negro.

El sordo rumor de los levantamientos de negros recorría, por épocas, toda la América. Las conspiraciones de negros en Nueva España (1537) y Cuba (1538) mantenían en guardia al gobierno de Chile, donde el negro tenía una oportunidad en el campo enemigo. Grande fue la alarma cuando en la Isla Española 7 mil negros se establecieron en poblaciones autónomas, como asimismo por las rebeliones de Honduras (1548), Santa Marta y Venezuela (1550) y Panamá (1555-56). Bucaneros, corsarios y potencias europeas enemigas de España atizaban el fuego. En el saqueo de *Nombre de Dios* (1573) Francisco Drake enroló a sus fuerzas negros cimarrones y huídos. Hacia el 600, los negros habían formado grupos autónomos en América Central y las Antillas y hasta una república con todas las de la ley. A raíz de la sequía, hambruna y peste de fines del 500, se alzaron los cimarrones en el Perú y asaltaron los pueblos. En las luchas armadas entre españoles, los negros se hacían duchos en las artes de la guerra. Las rebeliones de Almagro "El Mozo", Francisco y Gonzalo Pizarro y Francisco Hernández Girón, en el Perú, contaron con numerosos soldados negros, y en el ejército real ocurría lo propio. En la batalla de Chupas (1542), entre las huestes de Almagro y Vaca de Castro, se distinguieron de lado y lado los negros. En Añaquito (1546), 600 arcabuceros negros de las fuerzas de Pizarro hicieron proezas contra las armas reales de Blanco Núñez de Vela. Hernández García, el primero en América, ofreció la libertad a los negros a cambio de que engrosaran sus filas, y en Arequipa, Guamanga y Nazca se le agregaron 300. Uno de ellos ascendió al rango de general.

IX — EL INVITADO DE LOS MERCADERES

Deberá entenderse que todo lo citado anteriormente era cuestión "marginal". La verdad es que el mercader vestía bien a los negros, los mantenía aseados y en las mejores condiciones higiénicas. La salud del negro era causa de desvelo del mercader. En las travesías marinas y casas de alojamiento se les trataba con extrema solicitud, a fin de mantenerlos sanos y fuertes. Se conocen muchos "menús" de la época. Citaremos uno, de la Compañía de Sebastián Duarte y Juan Bautista Pérez. Eran ellos mercaderes altamente considerados en Lima. Se les exaltaba como modelos de dignidad, hombría de bien y espíritu público. Menudeaban las fiestas en su honor, en que sacerdotes y eminentes autoridades civiles solían colmarles de elogios. Desafortunadamente para ellos, sus enemigos descubrieron que eran judíos practicantes, miembros, casi nada, de la Sinagoga. Y aquí fue Troya. La Inquisición dio cuenta de ellos, y entre recibirles sus dádivas generosas y despojarlos de todo cuanto poseían, el negocio era claro. Se les dejó en la lata y ellos y sus descendientes quedaron condenados, para eterna memoria. De esta manera, del rigor de los dioses solo ha perdurado el "menú" que proporcionaban a las "cargazones" de negros que llevaban al mercado de Lima, desde Panamá y Cartagena de Indias. Hélo aquí: "Carne de vaca y puerco; pescado salado; huevos; maíz, cebada, plátanos y yuca". Para negros enfermos o de dieta: "Carne de ave; garbanzos; calabaza; casabe; azúcar; miel; vino tinto; naranjas", "menú" que se variaba, según el mal. Se cocinaba con manteca de cerdo y vinagre. Ollas de caparazón de tortuga, escudillas de barro cocido, ollas para hacer *cus-cus*, botijas, etc., constituían la vajilla.

No estará mal, para una historia de la medicina en América, enunciar algunos de los remedios empleados durante los siglos XVI - XVII para curar a los negros enfermos. A los negros enfermos de la garganta se les sometía a gargarismos de azúcar. Para las curas y las sangrías se empleaban envoltorios de camisas viejas. La aplicación de jeringas y ventosas estaba a cargo de algún barbero. Como antídoto se usaba la piedra bézar. Los "enfermos de cámara" utilizaban las "tinajillas". La mostaza se destinaba a los "negros pasmados". La estopa para ventosas. Los unguentos de almártaga, blanco y amarillo o de plomo, servían para los emplastos. Los de azufre contra la sarna y el reumatismo. El llamado de la *condesa*, contra la fiebre. El agua de llantén y de rosas secas, contra la tos, las hemorragias y las disenterías. Los polvos aromáticos rosados, joanes y de mirahitrinos, contra el escorbuto, el sarampión, las viruelas y las picaduras venosas. El emplasto de harina para machacones. El vinagre rosado era la última palabra como vomitivo contra los parásitos intestinales. Se empleaban unguentos de cera amarilla, pociones refrescantes, jarabes a porillo (violado, de arrayán, pérsico, de aceite y limones), aceites rosado de manzanilla y de alacranes, hojas de sen, purgante diacatólico y cuanto la ciencia de la época en su bondad dio para mantener sanos, rozagantes y lustrosos a los ejemplares del mercado negrero, muchos de los cuales paraban en Chile, totalmente en contra de los teorizantes del medio geográfico. Más que el clima los designios de la economía son inclementes. Thayer Ojeda encuentra los rasgos antropológicos del negro en unos doscientos mil chilenos de hoy...

La lección de estas sugerencias inspiradas en los datos del acucioso historiador de la nueva hornada chilena, Rolando Mellafe Rojas, es clara. También en Chile, pese a la creencia popular en contrario, tuvo lugar el retroceso histórico que encarna en sí la Conquista, en contraposición a sus positivos valores. El de la reimplantación en las acrecentadas tierras del solar español de la esclavitud (de indios y negros), y de la obligada ideología sustentante, cuando ya el proceso esclavista —y aún el servil— habían periclitado como sistema en el ámbito europeo de entonces.